

bia tomado de sacrificar su reposo y su felicidad á una nueva gloria. Esforzóse en apartar la conversacion sobre este asunto para ocultar á lady Hamilton la tristeza de su alma; pero ésta, en la penetracion natural del amor, no se dejó engañar, y arrastrando á Nelson á una calle de árboles apartada, que él llamaba su puerto de mar, le preguntó tiernamente el motivo de su pena. «No tengo pena alguna, respondió Nelson esforzándose por sonreír: la felicidad de que disfruto está exenta de nubes: vivo en el seno del amor y rodeado de mi familia; el aire y la calma de los campos restablecen de día en día mi salud, que me promete prolongados años de felicidad. No trocaría mi retiro por el palacio del rey de Inglaterra.

Lady Hamilton no se dejó engañar con estos subterfugios del cariño de Nelson; le dijo que leía mejor que él en su pensamiento, que había sabido noticias de las escuadras combinadas, que miraba de antemano estos últimos navíos de la Francia y de la España como su conquista legítima y como la propiedad de su gloria; que le destrozaría una envidia y un pesar eterno si otro almirante que no fuese él alcanzaba este triunfo, y que debía mirar con razon esas escuadras, como el premio de sus dos años pasados en el Océano, y como la recompensa de tan larga y penosa persecucion. «Querido Nelson, añadió con lágrimas en los ojos, por terrible que sea el dolor de una separacion tan cruel, despues de una reunion tan corta, ofreced sin vacilar vuestros servicios á la patria; serán aceptados; recobraréis la tranquilidad de vuestra alma, y despues de una gloriosa y última victoria, volveréis á ser feliz en medio de nosotros!» Nelson se conmovió hasta derramar lágrimas ante las palabras de una mujer que tan dulcemente le arrancaba su secreto, y que no quería la dicha á costa de la gloria de su héroe. «Generosa Emma, si no existiese una Emma, no habría un Nelson en el mundo!»

## X.

Nelson partió aquel día para Londres, donde lo esperaban. Se le dió la eleccion de los navíos, de los almirantes, de los capitanes, con los que formaría su escuadra. Los preparativos tuvieron la rapidez de su pensamiento. Se irritaba de toda hora perdida, que podía dar á Villeneuve la ocasion de salir de Cádiz, arrojándose hácia las Indias ó las Antillas. Hizo poner su pabellon á bordo del mismo navío que tantas veces le había traído la fortuna durante los años que pasara á su bordo. En el momento de subir á él, un glorioso ó lúnebre presentimiento se apoderó de su alma. Hizo llamar al conserje de sus muebles en Londres, y le mandó grabarse su historia en un corto epitafio sobre

el féretro abierto en el mástil del navío conquistado en Aboukir, mástil que le había regalado despues de la victoria el capitán Halwell. «Tendré necesidad de él á mi regreso» dijo con profético acento. La imagen de la muerte estaba delante de sus ojos, no la temía por sí propio, sino por el dolor de su anciano padre y de lady Hamilton.

«Hé abandonado esta noche mi querida estancia de Merton, se lee en su diario á la fecha del 14 de setiembre de 1805, esa morada donde dejo todo lo que me liga á la vida, para ir á servir á mi rey y á mi patria. ¡Plegue al cielo, ante el cual me inclino, hacerme digno de las grandes cosas que mi país espera de mí! Si permite que vuelva aquí despues de haber cumplido mi deber, mis acciones de gracias ante el trono de su misericordia, no cesarán interin yo viva; si por el contrario, es su voluntad y la orden de su sabia y buena providencia abreviar mis dias sobre esta tierra, me someto á ella con una completa resignacion, lleno de confianza en la esperanza, de que se dignará proteger despues de mí á todos aquellos que dejo detrás de mí. ¡Que se cumpla su voluntad! ¡Amen!» Se ve que las flaquezas y el desorden de su corazon no habian oscurecido en este grande hombre la idea y el sentimiento que constituyen la única y verdadera grandeza de la humanidad, y que el heroísmo y la piedad se fortificaban mutuamente en su corazon.

## XI.

Su embarque á bordo del *Victory* en Portsmouth, fué un triunfo. El pueblo de la costa le acompañó en número de un millon de ciudadanos hasta su navío. Los aplausos y los sollozos se mezclaban en las olas al ruido de los saludos que la escuadra hacia á su almirante. La Inglaterra toda, tan grande porque es reconocida, parecía tener el doble presentimiento de la victoria y de la pérdida de su héroe. La gloria de Nelson había descendido por las relaciones de los marineros hasta el fondo del pueblo: cada inglés creía deberle su hogar, su campo, su orgullo de nacion. Su popularidad era el patriotismo, su nombre era el palladium de la patria. Temístocles mutilado de la Inglaterra, cada cual quería grabar en su memoria, al marchar, la imagen del salvador de su país. Las tropas se vieron obligadas á emplear las armas para arrancarlo al entusiasmo de la multitud; que le seguía á través de los mares.

## XII.

Las escuadras inglesas que reunió en su camino, y la flota del Mediterráneo cuyo man-

do acababa de tomar, le recibieron como el pueblo de Portsmouth lo había perdido, con un frenesí de entusiasmo. Llevaba la victoria en su nombre. Habiendo llegado el 22 de setiembre cerca de Cádiz, Nelson supo con viva alegría que Villeneuve estaba aun en aquellas aguas; cruzó con su armada á una distancia suficiente de tierra para que su escuadra no fuese vista desde las costas de España, y para alentar, con el espectáculo de un mar vacío la salida de las flotas combinadas.

Aguardando aquella hora suprema de su vida, Nelson entretuvo á sus tripulaciones haciéndoles sentir las emociones de la impaciencia, del patriotismo y de la gloria, precursoras del combate. Inspiró por toda táctica su alma á la flota, y no dió por orden de batalla sino la orden acostumbrada de marchar su escuadra en dos líneas, con una vanguardia de ocho navíos.

La única maniobra recomendada á sus capitanes, era cortar en dos la línea enemiga á la altura del décimo ó duodécimo navío de Villeneuve, arrojándolos á una extremidad mientras que él se arrojaba sobre el centro y la vanguardia combatía la cabeza de la escuadra. «Pero como el humo del abordaje y del cañon, dice en su orden del día, podrá ocultar las señales y las órdenes, cada capitán hará bien atacando al navío enemigo que tenga enfrente.» Nelson ordenaba al final de estas instrucciones que se le comunicasen en el instante los nombres de todo oficial, soldado ó marinero, herido ó muerto en el combate, á fin de que estos nombres, enviados por él á Inglaterra, fuesen objeto allí de las oraciones y de la gratitud de la patria.

## CONCLUSION.

## I.

El 20 de octubre, al amanecer, las fragatas escalonadas por Nelson en el mar, desde las costas de España hasta la escuadra inglesa, á la cual cubrían y dirigían á la vez, anunciaron por señales que la flota combinada salía del puerto de Cádiz. De hora en hora ellas señalaron la marcha ó las calmas de aquella armada naval, que parecía indecisa entre dirigirse al Estrecho ó al Océano. Por la tarde un viento pesado de Sudoeste parecía contrariar sus movimientos, haciéndola virar de bordo para regresar á Cádiz. En todo caso era evidente que la escuadra combinada quería conservar libre á sus espaldas el mar de Cádiz, á fin de tener asegurada su retirada en el puerto. Nelson pasó alternativamente de la esperanza al desaliento

al recibir aquellas señales. La noche le ocultó este misterio.

De pié sobre la cubierta de su navío á la primera claridad del día, las primeras señales de sus fragatas que pudo distinguir, le manifestaron que la escuadra combinada estaba aun en plena mar y que caminaba hácia el Norte. Se estremeció de alegría, y lanzó todas sus velas, un tanto oblicuamente, hácia un mismo punto del horizonte.

Al salir el sol, el comandante de la *Enryale*, Black Wood, amigo particular del almirante, le hizo la señal telegráfica de un cambio de direccion en la marcha de Villeneuve. La escuadra combinada parecía volver al Sur y al Estrecho. «Esto es lo que no le permitiré yo hacer si está en el poder de Nelson,» escribió el almirante en su diario al regresar á su pabellon.

Algunos minutos despues, el sol que se alzaba sobre un horizonte un tanto mate pero sereno, reflejándose en las altas velas de la escuadra combinada, las hizo surgir una tras otra de en medio de las nieblas. El día mostró á Nelson y á sus tripulaciones la inmensa línea de mástiles cargados con las velas de los cuarenta y dos navíos y ocho fragatas de Villeneuve. Ocho leguas marítimas separaban no mas la una de la otra escuadra: un viento manejable y dulce inflaba las velas: un mar pesado á grandes oleadas, pero sin espuma, batía los costados de los buques con murmullos que bien pronto iba á cubrir el estruendo del cañon. Era la mañana del 21 de octubre, día de buen augurio y de fiesta en la familia de Nelson. Aquel mismo día y á la misma hora, su tío, el capitán Sukling, había señalado su carrera militar con un combate naval, cuyo premio fué la captura de cuatro buques franceses. Nelson tenía la supersticion de todos los grandes hombres. Sienten mejor que los demás la desproporcion entre su flaqueza positiva, y las grandes cosas que realizan, y atribuyen, con razon, las unas á la fortuna, otras más locamente, á regresos periódicos de dias felices ó desgraciados, que ejercen una influencia oculta en sus destinos, mientras los mas grandes lo esperan todo de la Providencia. Los aniversarios, para los grandes hombres, son el reconocimiento obligado de la accion superior de Dios en las cosas humanas. Nelson tenía esta religion de los héroes, y no dudó de la victoria al ver que la casualidad le presenta la batalla en un día tan feliz para su nombre.

## II.

Mientras la escuadra inglesa desplegaba todo su velámen para devorar el espacio entre ella y la flota combinada, Nelson á bordo del



Victoria, á la cabeza de la columna de la derecha y Collingwood sobre el *Royal Sovereign* marchando al frente de la columna de la izquierda, el almirante desciende de su cámara, toma la pluma y abre su alma ante Dios. Primeramente escribió esta oracion sobre su diario:

«Plegue al Ser Supremo, ante el cual me postro en adoracion, conceder á mi pais, en el interés general de la Europa oprimida, una grande y gloriosa victoria, y haga por su gracia que esta victoria no se vea manchada por ninguna falta de parte de aquellos que van á combatir y á triunfar! ¡Ojalá que la humanidad, despues de la victoria sea el rasgo dominante de la escuadra británica! En cuanto á mi persona concierne, entrego mi vida á quien me la ha dado, y que sus bendiciones caigan sobre lo que voy á emprender para servir fielmente á mi patria. Confio y abandono á él solo mi ser y la justa causa que me ha encargado defender en este dia! ¡Así sea!»

## III.

Despues de esta invocacion y de este sacrificio de su vida al Creador, Nelson, fijando su obstinado pensamiento en aquella que habia constituido las delicias y los remordimientos de su vida, pero cuya imagen se colocaba aun en aquel momento entre la muerte y él, escribió en su diario la nota siguiente en forma de testamento y de última súplica á su pais:

Veinte y dos de octubre de 1805 á la vista de las escuadras combinadas de Francia y España y á unas diez millas de distancia entre nosotros.

«Considerando que los eminentes servicios de Emma Hamilton, viuda de William Hamilton, han sido de los mas grandes que yo sepa hechos al rey y al pais, sin que haya recibido nunca por ellos recompensa alguna, ni de su pais ni de su rey: la vez primera cuando ella obtuvo le comunicase la corte de Nápoles, en 1796, una carta amenazadora del rey de España á su hermano el rey de Nápoles, y cuya comunicacion puesta confidencialmente en noticia del embajador inglés, le hizo adoptar las medidas necesarias á la salvacion de la Inglaterra contra la España: la segunda vez, cuando obtuvo por su ascendiente sobre la reina de Nápoles para la escuadra inglesa que yo mandaba, los socorros, los víveres y las municiones, sin los cuales aquella escuadra no se habria podido dar nuevamente á la vela para Egipto y destruir en Aboukir la armada naval de Bonaparte.

«Si hubiese estado en poder de uno recom-

pensar dignamente tales servicios, lo hubiera hecho y no habria invocado para ello la munificencia de mi patria; pero como esto es superior á mi poder, lego Emma Hamilton á mi pais y mi soberano, como un legado que cumplir, á fin de que le den una situacion conveniente á su rango en la sociedad.

«Lego tambien á la munificencia de mi pais, á mi hija adoptiva Horacia Nelson, *Thompson*, y deseo que en lo futuro lleve tan solo los nombres de Horacia Nelson.

«¡Hé aquí las únicas mercedes que pido á mi rey y á mi pais en el momento en que voy á combatir á sus enemigos!... ¡Que Dios bendiga á mi rey y mi patria, y á cuantos me son queridos en la tierra! ¡En cuanto á mi familia ne tengo necesidad de recomendarla aquí: ella será objeto, no lo dudo siquiera, de la mas generosa liberalidad!»

Nelson, despues de haber firmado esta nota, llamó al capitán de la *Victory* Hardy y al capitán Black Wood de la *Enryale*, y les rogó firmasen tambien este monumento de su cariño y de sus votos póstumos, á fin de que certificaran la autenticidad de esta página de su diario. Sus dos amigos firmaron conforme á su deseo.

## IV.

Horacia Nelson, de quien hablaba en este testamento como de su hija adoptiva, era en realidad suya: tenia cinco años y vivia en Merton con lady Hamilton, su madre. Los últimos instantes de Nelson en Merton, se habian empleado por él en orar de rodillas ante la cuna de su hija dormida. Asociaba en su pasion á la niña y á la madre, y las lloraba de antemano al aproximarse su última hora. Semejante á Antonio rodeado de las estatuas de Cleopatra, ó al mariscal Berthier, arrodillado bajo su tienda de campaña ante la imagen de la bella italiana á quien adoraba, Nelson tenia en su cámara el retrato de cuerpo entero de lady Hamilton, llevando otro en miniatura debajo de su uniforme y encima del corazon. Su amor, como el de los caballeros de la edad media, era una religion delirante de la belleza. En el momento en que se arrimaban los muebles del navío para el combate y en que sus camareros quitaban de las paredes de su galeria el retrato de lady Hamilton para echarlo al suelo á cubierto de las balas: «¡Tened cuidado de mi ángel de la guarda!» les dijo mirando por vez postrera aquella imagen.

## V.

Una vez tributados estos cuidados á cuantos debian sobrevivirle, Nelson, rodeado de sus

compañeros de armas mas adictos, subió sobre cubierta para no pensar mas que en el enemigo. Solo se observó en él una serenidad y una sangre fría intrépidas que contrastaban con su ardor impaciente y festivo al principiar una accion. No era el hombre inflamado por el entusiasmo en Aboukir, y que derramaba el fuego de su alma mezclándolo al fuego del cañon.

Veíase á la flota combinada adelantarse en órden apretado de batalla con una resolucion y una rapidez que acortaban á cada ola las distancias, y que permitian no dudar ya de la batalla.

Nelson no parecia dudar, ni de la victoria para su pais ni de su propia muerte: angustaba de antemano sus resultados con los oficiales: «Cuántos navios entregados ó echados á pique os parecerán un testimonio suficiente para nosotros de una gran victoria?» dijo sonriéndose á su amigo Black-Wood.—Doce ó quince,—respondió Black-Wood.—No es bastante, replicó Nelson; no quedaré contento á menos de veinte navios.»

Un poco antes de que las dos escuadras estuviesen á tiro de cañon, Nelson, que reservaba para el momento supremo la concisa arenga que tenia costumbre de dirigir á sus tripulaciones, hizo elevar á la cima del mástil del navío almirante, la consigna del dia y de la batalla, anhelada por todos los marineros. Esta arenga, inmortal en la memoria de los marineros, no contenia mas que las tres palabras que conducen á los valientes á la muerte: «la patria, la confianza y el deber: la Inglaterra confia que todo el mundo cumplirá con su deber.»

Un grito de admiracion y de entusiasmo saludó de navío en navío estas simples palabras, transmitidas de un mástil á otro á través de los aires por toda la escuadra. El alma de Nelson, á quien solo el deber habia arrancado á su reposo, apelaba con varonil sencillez á ese sentimiento en los demas.

Fué comprendido y secundado: la imagen de la patria, la voz del deber, la confianza en el jefe pasaron al alma de los marineros. La historia ha conservado esta arenga militar, como un modelo del lenguaje de los héroes, al lado de la de Bonaparte en Egipto. El genio de los dos ejércitos y el carácter de los dos jefes se ven en estas dos alocuciones: «¡De lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan!» habia dicho Bonaparte á sus soldados. «La Inglaterra confia que cada marino cumplirá con su deber» decia Nelson á su escuadra. Percíbese por la diferencia de frases y de emulacion dirigidas á los dos pueblos, que el uno piensa en la gloria, el otro en el hogar de la familia. La gloria del inglés es su patria: la de los franceses el mundo. La celebridad fascina á los unos; el deber es bastante para los otros; la posteridad distribuirá segun los móviles y segun las obras.

## VI.

«Y ahora, dijo Nelson al ruido de las aclamaciones que acogian su órden del dia ante la batalla, nada mas puedo ya hacer; que el gran dispensador de los acontecimientos haga lo demas, segun su voluntad y segun la justicia de las causas. Le doy gracias en esta grande ocasion por poder cumplir yo tambien con mi deber!»

Llevaba sobre su uniforme acostumbrado de generalísimo las cuatro placas de las condecoraciones con que habia sido premiado en el extranjero y en su patria. Estas condecoraciones lo señalaban al fuego de los tiradores franceses con que cubren los mismos las vergas, los mástiles y las cubiertas de los navios para disminuir las filas del enemigo. Sobre cubierta, los oficiales de Nelson, temblando por la vida de su jefe, que así se hacia blanco de los disparos enemigos, se comunicaban por lo bajo sus alarmas respecto á la existencia que las concentraba todas. Se animaban los unos á los otros para pedir al almirante que se quitase ó cubriese aquellas insignias; nadie, sin embargo, se atrevió á decirselo; recordaban que en otra circunstancia igual habia resistido indignado al pensamiento de escapar de esta manera á la muerte. «No, no, habia respondido, he ganado con honor estos signos de valiente, y con honor quiero morir llevándolos al pecho.»

Se le rogó únicamente que pensase en su calidad de general en jefe y que no se comprometiese el primero como un navío de vanguardia, en medio de la apretada masa de la escuadra combinada, permitiendo, con disminuir las velas, que el navío *Leviathan*, que seguia al suyo, tomase la delantera, recibiendo los primeros fuegos de los franceses. «Corriente, respondió sonriéndose; que el *Leviathan* me adelante si puede.» Pero al mismo tiempo mandó al comandante Hardy, su capitán de pabellon, forzar velas, y cayó como un huracan sobre la linea francesa. Sus capitanes abandonaron entonces la cubierta del navío almirante para volver cada uno á su buque. Al despedirles al borde de la escalera de la popa, apretó tiernamente la mano al capitán Black-Wood, diciéndole tristemente: «¡Que el Todopoderoso os bendiga! No os volveré á ver.»

## VII.

Algunos instantes despues, la cabeza de la columna del almirante Collingwood, su segundo, que adelantaba una media milla por lo obli-



cuo de su marcha, á la línea mandada por Nelson, rompió la línea de batalla de los españoles y franceses. El navio *Royal Souverain*, montado por Collingwood, se precipitó sobre el navio español de tres puentes, el *Santa Ana*, y pegándose flanco con flanco á él, lo cubrió con su fuego, sus balas y su humo. «Valiente Collingwood, esclama Nelson mostrando aquel incendio en el centro del enemigo: mirad como lanza su navio en el fuego sin mirar ni atrás ni adelante, ni al lado suyo. Ya teneis la senda abierta: velas desplegadas.»

Mientras Nelson gritaba así sobre la duneta de la *Victory*, Collingwood, ébrio por el fuego, en medio de aquel foco de tempestades, gritaba por su parte, mostrando con su gesto á su capitán de pabellon, Rotherdam, el torbellino de humo que los envolvía. «¡Ah! ¡Y cuánto rozaría Nelson si se hallase aquí!»

## VIII.

No iba á tardar mucho en arrojarse á él. Ya las balas de los siete navios de la escuadra combinada pasaban sobre su cabeza, destrozaban sus velas y llovian sobre el puente del buque almirante. El primero que cayó muerto á sus pies, fué su secretario Scott, que hablaba con el capitán de pabellon, Hardy. Mientras se le apartaba para alejar el cadáver de la vista del almirante, una bala baja dividía por medio á ocho hombres sobre el mismo puente. «Esto es demasiado vivo para que dure mucho tiempo, dijo el capitán Hardy.»

El viento de un cañonazo le cortó la palabra y arrastró un grupo de marineros estacionado entre el capitán y él. Pero el navio almirante, mudo todavía, reservaba su fuego avanzando siempre. Se veía cañoneado á tiro de pistola á un tiempo mismo por el navio francés el *Formidable*, mandado por el capitán Lucas, por el *Bucentaure*, navio de tres puentes montado por el almirante Villeneuve y por el navio español la *Santísima Trinidad*, de cincuenta cañones, la mas vasta fortaleza flotante que hubiese visto el mar. Hardy pregunta al almirante, cual de aquellos navios era preciso abordar cuerpo á cuerpo para romper aquella línea y abrir camino á su columna. «El mas próximo, le responde Nelson: poco importa. Escoged vos mismo.» Hardy manda al timon que se dirija sobre el *Formidable* hasta chocar con él.

Los dos navios, despues de haber vomitado el uno contra el otro toda la metralla de sus costados, se chocan terriblemente como para romperse al abordaje. La fuerza del golpe y del viento, que se concentraba en aquella masa de velas confundidas hizo retroceder al *Formidable* y arrastró tras él al *Victory*. Los navios

que seguian á Nelson pasaron por la abertura que aquel vacío dejaba en la línea de batalla, y dividiéndose despues los unos á izquierda, los otros á derecha, separaron en grupos confusos la vasta línea formada por la flota combinada. La rapidez de sus movimientos, la seguridad de sus maniobras, la sangre fria de sus marinos, la agilidad de sus velas, multiplicaban á su voluntad y rápidamente por do quiera donde veian un navio que asaltar ó un buque inglés que socorrer; el mar y el viento, rebeldes á los demas parecian estar de inteligencia con estos señores del Océano. Nelson se fiaba ya á su instinto de la victoria, y no combatía sino por su propia gloria.

Villeneuve, rota ya su línea y arrastrado en el centro por Nelson y sus quince navios, llamaba en vano con señales repetidas á los cien navios de su escuadra de reserva, imprudentemente anulados para el combate. Estos navios, inmóviles y como petrificados por el estupor, contemplaban á gran distancia la estremidad de su general y de su armada, haciendo vanos esfuerzos para ganar el viento; otros, en gran número, separados de la línea, se dejaban alejar insensiblemente del campo de batalla, disparando desde lejos sus baterías impotentes, y no sabiendo, por falta de hábito y de impulso, arrostrar ó consumir una de esas temeridades heroicas que conducen á los navios contra todos los vientos al campo de batalla.

Sin embargo, algunos navios heroicos, animados por gefes de corazon de bronce, sostienen solos el choque de Collingwood y de Nelson. El capitán del *Formidable*, Lucas, digno de medirse con un héroe, habia cubierto de muertos y moribundos el puente del *Victory* antes de recibir su terrible choque. Obligado á cerrar sus baterías bajas del lado en que Nelson lo aplastaba con su mole, porque la convexidad de los dos navios, haciéndoles tocar en la base, no dejaba entre ellos sobre cubierta mas que un espacio á través del cual casi podia combatirse cuerpo á cuerpo. Lucas se preparaba al abordaje y armaba sus mas intrépidos marinos para caer como el rayo en la primera coyuntura sobre el buque almirante. La carnicería tan inmediata entre aquellos dos navios inundaba de sangre sus cubiertas. Un humo pesado, que el viento no tenia ya fuerzas bastantes para disipar, rodeaba á los dos navios y á los mismos combatientes. Disparaban al azar en una noche alumbrada tan solo por los disparos de fusil y de cañon.

Pero en el momento en que el capitán francés arrojaba ya sus vergas sobre las orillas de ambos navios para formar un puente de escalas y abordar los flancos del *Victory*, un navio inglés, el *Temeraire*, mandado por el capitán Harvey, acudía al socorro de su almirante; y colocándose al costado del *Formidable*, lo demolia con sus cañones. Nelson, separándose entonces á la distancia de medio cable, unia sus fuegos á los del *Temeraire* contra el *For-*

*midable*, arrancaban su bandera y apagaba tres veces el fuego de aquel navio en la sangre de los franceses. Pero el *Formidable*, despues de un instante de silencio, ponía otras banderas á sus mástiles y abría de nuevo sus fuegos como un moribundo que no quiere ni piedad ni gracia. Sus tiradores dispersados sobre sus vergas, mantenian distantes á sus vencedores.

Villeneuve, durante aquel duelo entre Nelson y sus mas intrépidos navios, combatía á algunas oleadas de allí á bordo del *Bucentaure*. Uno de sus mástiles, enganchado al principio de la acción por un accidente marítimo en la galería de popa del coloso de la escuadra, la *Santísima Trinidad*, hacia vanos esfuerzos para desprenderse. Destrozado en aquella inmovilidad terrible por el *Victory* primero, y despues por otros cuatro navios de Nelson, aquellos dos navios armados de ciento sesenta cañones y tres mil combatientes, alejaban por esplosiones de sus dobles costados, los navios que á cierta distancia querian destruirlos. Villeneuve, recobrando en la desesperación de su situación y en el ardor del campo de batalla, la resolución que se le acusaba de no haber tenido en el consejo, igualaba á Nelson en sangre fria, y en desafiar á la muerte desde la duneta de su navio. El fuego de aquellos cuatro navios parecia iluminarle y hacerlo mas grande sobre aquel escollo de la *Santísima Trinidad*. Se enfurecía de no poder desprenderse para ir á llevar por sí mismo á sus navios inertes la acusación y la orden de tomar parte en el combate.

En vano exhortó al almirante español que mandaba la *Santísima Trinidad*, á que hiciese un supremo esfuerzo en el viento para separar los dos navios pegados: la *Santísima Trinidad*, cuyos mástiles destrozados por el cañon, no podian sostener ya las velas, permanecia como un tronco desmembrado, juguete de las olas y blanco de la metralla. Villeneuve veía cejar en torno suyo todos sus oficiales y seiscientos hombres de su tripulación: sus mismos mástiles caian uno á uno, llevando consigo las vergas, los pabellones, las cuerdas y sus últimas velas, lienzo funerario y atravesado por las balas de aquel cadáver de navio. Una bocanada de viento mas fuerte apartó por un instante la nube, tras de la cual el desventurado almirante no podia sino conjeturar el resto del combate. Apareció la mitad de sus navios, inmóviles espectadores de la lucha desesperada de su escuadra; hizoles señal de que bogasen hácia el fuego: eran en bastante número para cambiar la derrota en triunfo.

No comprendieron, al menos, no obedecieron la señal que los llamaba, y continuaron bordeando á la ventura de las brisas, y lejos del campo de batalla. Villeneuve, viendo el *Bucentaure* destrozado, arrasado como un ponton, próximo á sumergirse, pidió en vano una lancha á su tripulación y á la de la *Santi-*

*sima Trinidad* para volar él mismo hácia su reserva, y conducirla al combate: las lanchas, suspendidas á la popa, llenas de balazos, se abismaban al tocar las olas; su navio callado, no despedía ya mas que el humo, en vez del cañoneo de sus costados. Una lancha del navio inglés *Mars*, se aproximó impunemente para salvar su tripulación y recibir al almirante. Villeneuve, que no habia podido encontrar una bala para él en aquel diluvio, y á quien la desgracia reservaba para el suicidio, se rindió cuando no tenia ya ni un cañon á mano, ni una tabla bajo sus pies.

Los ingleses le recibieron como un enemigo desarmado, con respeto á su infortunio y su valor. El navio almirante español, la *Santísima Trinidad*, abandonado tambien por los otros siete navios que le seguian, se rindió despues de cuatro horas de un combate heroico, pero solitario. A la vista de la bandera inglesa enarbolada sobre aquel coloso, la reserva de la escuadra se dió á la vela hácia las costas de España.

## IX.

Despues de la rendición de los dos navios almirantes, los ingleses cayeron con sus navios libres y victoriosos sobre el resto de la línea del centro, igual aun en número y en cañones al enemigo. La rompieron nuevamente con las maniobras mas impetuosas, y separándola en grupos de uno ó dos buques contra tres, dieron otros tantos combates como navios existian aun en la batalla.

Allí cada uno de los comandantes de estos buques, no teniendo que tomar consejo mas que de su flaqueza ó de su desesperación, se señaló aisladamente por timideces ó hazañas, que eternizando ó manchando su nombre no servian ya para la salvación, pero sí para la gloria de la jornada. El *Fougueux*, mandado sucesivamente por tres oficiales muertos uno tras de otro en su duneta, no se rindió sino cuando su puente se vió cubierto de cuatrocientos cadáveres; el *Pluton*, mandado por el capitán Cosmao, habia abordado al *Mars*, vencedor del *Bucentaure*, é iba á libertar á Villeneuve, prisionero á bordo de este navio, cuando sus dos mástiles cayeron ante los cañonados de otros tres navios que acudieron en socorro del *Mars*.

El contra-almirante Magon, Aquiles de la flota combinada, bogando al encuentro de los ingleses, cuando su línea huía á la aproximación de ellos, precipitaba su navio sobre el *Tonnant*, de ochenta cañones, y ya iba á lanzarse á su abordaje, despues de heroicas maniobras, cuando el fuego de otros dos navios, pegados á sus flancos lo cubrieron de metralla, y le obligaron á retirarse sobre su duneta, tras